

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y están al servicio de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, lugares o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *Forget Me Not*

© 2023, Julie Soto

© 2024, de la traducción por Marta Carrascosa Cano

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-18-8

Código IBIC: FA

DL: B 4.878-2024

Composición:

Sergi Godia

Diseño de interiores:

David Pablo

Impreso en junio de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Julie Soto

No me olvides nunca

Traducción de Marta Carrascosa Cano



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

*Para Mar y Cat.
Gracias por darme la mano
por debajo de la mesa durante todos estos años.*

Ama

Marzo

Tengo cinco reglas para planear una boda de éxito. (Mentira. Estoy segura de que hay más, pero si digo: «Tengo setenta y cinco reglas, toma asiento», creo que habría perdido tu atención).

Regla n.º 1. Nada de animales vivos. Se comen los anillos, muerden a las niñas de las flores y se cagan en todas partes.

Regla n.º 2. Cosas hechas a mano no significa que la pareja haga las cosas con sus propias manos. Significa que la pareja se metió en Pinterest y ahora es problema de la *wedding planner*.

Regla n.º 3. Un DJ de un club nocturno y un DJ de bodas no son intercambiables.

Regla n.º 4. Nunca te quedes a solas con el padrino de la boda. Y, por último, regla n.º 5. Habla siempre con ellos fuera de la glorieta. Siempre.

Avanzo hacia el altar con los muslos ardiéndome para evitar que los tacones se me hundan en la hierba. La alfombra llega en veinte minutos, y me alegro de haber insistido en ella, porque la novia habría estado sacando las piernas de aquí como si se tratara de un pantano.

Mi fotógrafa y exhermanastra favorita (una mujer india y alta que confunden con Priyanka Chopra al menos un par de veces al día) está tumbada boca abajo en medio del parque, con la cámara apuntando hacia arriba, hacia el cenador, donde mis ayudantes han sido secuestrados para sustituir a los novios.

–Mar, querida –digo con una sonrisa falsa–. Jake ya tiene tra-

bajo. –Con un chasquido de dedos, Jake (otro hermanastro) baja los escalones de la glorieta y regresa a la zona de carga, donde se supone que tiene que estar dirigiendo a los proveedores—. Y te dejé a Sarah diez minutos.

Mientras se pone de pie con sus largas extremidades, el hermoso rostro de Mar me mira con el ceño fruncido a quince centímetros por encima de mi cabeza.

–¿Glorietas, Ama?

–La pareja insistió. Sé que las odias...

Me agarra del brazo, me coloca a su lado y gira la pantalla de vista previa de la cámara hacia mí.

–Celosías. ¡Celosías!

Miro los fotogramas mientras ella los revisa. El techo de la glorieta está entrecruzado y, qué suerte, hoy hace un día radiante. Hay sombras en las caras de Jake y Sarah.

Mar se inclina hacia mí.

–Parecen...

–Tartas de manzana. Parecen tartas de manzana. –Resoplo y miro al sol. Hay nubes en el oeste, pero ¿llegarán a tiempo?–. ¿Qué llevas en el coche?

–Un montón de cosas que quedarían fatal durante la ceremonia de verdad.

Asiento y miro la glorieta. Mar sabe que tiene que dejarme pensar. Me paso una mano por el pelo oscuro, sigo acostumbándome a la medida más corta, aunque han pasado dos años desde que me caía entre los omóplatos. (De hecho, sé con exactitud cuánto tiempo ha pasado desde que me arrastré hasta la peluquería y le rogué a mi peluquera que me hiciese verme «diferente»).

Me vuelvo hacia Sarah, que se ha sentado en los escalones de la glorieta.

–Sarah, en cuanto empiece la ceremonia, te harás con las llaves de Mar y conducirás su coche hasta la zona de carga. Llevarás con discreción todo lo que ella te diga a ese árbol enorme, y en cuanto digan «Sí, quiero», Mar y tú os encargaréis de

todo. Sacaremos al oficiante de la boda y a la pareja y haremos unas cuantas fotos que no parezcan sacadas de una pastelería.

Sarah, otra exhermanastra, la cual no tiene interés alguno en la organización de bodas, y se le nota, parpadea ensimismada hacia mí.

—¿Quién va a preparar lo del DJ?

—Supongo que yo. —Echo un vistazo al reloj y miro a Mar. Asiente con la cabeza—. Vale, Mar. Durante la ceremonia real, capta el beso, los momentos importantes, pero céntrate en los familiares que lloran.

—Los familiares llorones son el pan de cada día.

Las dejo en la glorieta y saludo a la chica que trae las flores. Como asistente de la florista teje guirnaldas de rosas a través de las sillas, busco los pétalos que se están poniendo marrones, y los arranco directamente de los capullos. Los labios de la ayudante se tensan cada vez que lo hago, pero sabe que no debe decir nada.

Doy un paso atrás y echo un vistazo al recinto. Ya casi lo tenemos. Tengo que poner carteles y hacer una prueba de sonido, pero ya está todo listo. Cuando llega la alfombra, el hombre gruñón del camión no me resulta familiar. Me mira y me pregunta si soy la ayudante de Ama Torres. Cuando le corrijo, no parece confiar en que yo sea la clase de persona capaz de colocar sillas en línea recta, y mucho menos de coordinar una boda, pero se encoge de hombros y hace rodar la alfombra por el pasillo.

Mientras observo al DJ jugar con los ajustes de sonido, el auricular inalámbrico que llevo en la oreja emite un pitido —sí, soy esa persona—, y respondo:

—Soy Ama.

—Eh, hola. —No reconozco la voz—. Eres la *wedding planner*, ¿verdad?

—La misma —respondo lo más animada que puedo—. ¿Quién eres?

—Erica. Soy la prima del novio.

La dama de honor que decidió teñirse el pelo de verde la semana pasada.

–Hola, Erica. Parece que algo va mal.

–Sí... Eloise se ha encerrado en el salón de las chicas. –Me detengo en seco–. Las otras chicas no querían que te llamara, pero han pasado como cuarenta y cinco minutos, y la maquilladora ni siquiera ha empezado con ella...

–Entendido. Gracias, Erica. Voy para allá.

Doy unos golpecitos en el auricular como el villano de las películas de James Bond y giro como una bailarina para dirigirme al hotel de enfrente. El séquito nupcial está apostado en una pequeña sala de conferencias de la planta baja que el hotel, ingeniosamente, ha transformado en una *suite* después de que se disparara la moda de celebrar bodas en el centro de la ciudad. Me dirijo directamente a la recepción, donde Bernie, mi encargado favorito, ya está rebuscando en el cajón.

–¿Una emergencia? –dice.

–Nada con lo que no pueda lidiar. –Le sonrío y acepto las llaves de su mano extendida.

Mis piernas cortas cruzan a zancadas el vestíbulo y entran directamente en la *suite* sin llamar. Seis cabezas peinadas a la perfección me miran, y Erica finge estar igual de sorprendida por mi llegada. Carmen, la dama de honor, levanta la cabeza desde donde está apoyada contra la pared del baño, hablando a través de la puerta. Parece medio aliviada al verme y medio disgustada por no haber podido ser la salvadora.

Pero ese es mi trabajo.

Voy directa a la puerta cerrada.

–Carmen, todo va a salir bien. ¿Puedes asegurarte de que la maquilladora esté lista para Eloise dentro de cinco minutos?

Carmen parpadea, pero yo abro la puerta, entro en el baño y cierro detrás de mí antes de que pueda hablar.

El baño es un diseño con pantallas Tiffany sobre los apliques y azulejos *déco* de 1940. En la pared del fondo hay una bañera con patas de garra, y dentro está Eloise, que pronto será una

Reynolds, con chifón blanco cubriendo los laterales de porcelana esmaltada. No me mira, está absorta en el vacío.

Los tacones me chasquean en las baldosas blancas y negras cuando me acerco y, con un vistazo rápido, confirmo que no ha abierto el grifo; no se repite el desastre de la boda de los Winchell de 2022, menos mal. Me quito el auricular, me descalzo y me meto en la bañera, sentándome frente a ella.

Pestañea cuando me ve. Entonces le tiemblan los labios y se le escapa un gemido. Se tapa la cara con una mano mientras le caen las lágrimas. No digo nada hasta que termina. Se lleva las palmas a los ojos y echa la cabeza hacia atrás para contener las lágrimas.

Le hablo en voz baja:

—¿Qué es lo que cambiarías para que este día fuera perfecto? Solo una cosa.

Se muerde el labio, mirando a la pared.

—Al novio.

Ah. Bueno, en eso no puedo ayudar. Al menos no de manera inmediata. Asiento con la cabeza, como si lo entendiera, como si lo considerara.

Patrick Reynolds no era mi novio favorito. Se declaró en un partido de béisbol, con pantalla gigante y todo. Siempre puedo hacerme una buena idea sobre la pareja cuando pregunto por la historia de su compromiso. No digo que sea un método probado para saber si va a salir bien, pero... las novias con las historias de compromiso más bonitas son las que no me han visitado dos veces.

—¿Quieres irte? —le pregunto—. ¿Escaparte por la parte de atrás?

Se le escapa una risa ahogada.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Podemos saltar. Solo tú y yo. O solo Carmen y tú. —Cuando la confusión no desaparece de su cara, digo—: Lo que quiero decir es que ya me han pagado, así que ¿qué más me da si la boda se celebra o no?

Resopla y se pasa la mano por la cara.

—¿Qué pasaría con los proveedores? ¿El *catering*, el DJ?

—Me temo que el día de la boda no hay devolución. Comerás pollo o pescado durante los próximos cincuenta y siete días.

Le tiembla el labio.

—¿Es raro que odie más la idea de cancelar el banquete que la de cancelar la ceremonia?

—No. Es bastante normal estar más emocionada por la fiesta con todos tus amigos que por el momento del altar.

—¿Puedo celebrar la fiesta sin casarme? —murmura mientras se alborota el vestido sin rumbo fijo. Sonríe y la dejo pensar—.

La verdad es que detesto la idea de seguir adelante con esto, cuando sé que será en vano. No quiero acabar como mis padres, aguantando hasta que los niños vayan a la universidad.

—Resopla—. ¿Es peor celebrar una boda por diversión, cuando sabes que no va a ser tu última boda?

Trago saliva con fuerza. Me prometí que dejaría de hacer esto, que dejaría de acercarme. Siempre lleva al desastre. Eloise me había invitado a su despedida de soltera porque ya me había acercado demasiado. Pero mi trabajo es llevarla al altar. Así que tomo aire y dejo de contenerme.

—Mi madre se ha casado dieciséis veces.

Eloise me mira como si acabara de tirar su tarta de bodas al suelo.

—¿Cuántas?

—Dieciséis. Mi padre era el número cinco. Soy su única hija biológica, pero Mar..., la fotógrafa, es la hija del número nueve. Tengo más de veinte hermanastros y exhermanastros por todo Sacramento, incluidos mis dos ayudantes de hoy.

Puedo ver cómo trabaja su mente, contando, haciendo cuentas.

—Eso es... horrible. Lo siento, no quería ser grosera al respecto...

—No pasa nada. Cuando era joven, pasar de una familia a otra era un auténtico reto. Pero con el tiempo conocí a gente genial.

—Me aclaro la garganta y vuelvo a centrarme—. Solo te cuento esto para decirte que, por mucho que quieras que sea tu

única boda, no tiene por qué serlo. Mi madre organiza siempre ceremonias y banquetes completos. Solo una de esas dieciséis bodas fue en el ayuntamiento. Así que si planeas una boda diferente dentro de tres años, toda esa gente seguirá estando ahí para ti. Nadie se cansa de las bodas. Créeme.

Despacio, asiente.

—¿Por eso te hiciste *wedding planner*?

Sonrío.

—Más o menos. A los dieciocho ya sabía todo sobre las bodas. Lo había hecho todo, desde niña de las flores a dama de honor y a DJ.

Eloise se ríe.

—¿Alguna vez has estado casada?

—No —digo—. No me ha interesado nunca, ni siquiera cuando era pequeña. —Y antes de decirle que ni siquiera creo en los compromisos a largo plazo el día que intento que acepte uno, respiro hondo y cambio de rumbo—. Así que puedes elegir, Eloise. Tú tienes el poder. Puedes salir ahí fuera y comer tarta, bailar y hacer un intento sólido de mantener estos votos. O podemos escabullirnos por la puerta de atrás. Enviaré a mi asistente para que lo suspenda. —Le agarro la mano y le doy un apretón—. Una boda no es el matrimonio. Los matrimonios nunca serán perfectos. Siempre son un proyecto en construcción. ¿Pero las bodas? Las bodas no son más que un momento en el tiempo, esforzándose por ser perfectas. Déjame que haga un momento perfecto para ti, Eloise.

Eloise se muerde el labio inferior entre los dientes, mirando el anillo de compromiso. Cuando vuelve a mirarme, sé que lo he conseguido.

Salimos de la bañera y, cuando abro la puerta del baño, Carmen sigue de pie, dando saltitos.

—Todo va bien. ¡Señoritas! —digo a todas las presentes en la habitación—. Tenemos trabajo por delante para que esto salga a tiempo, pero lo que no nos ahorrará tiempo es preguntarle a Eloise qué ha pasado esta última hora, ¿vale?

Le guiño un ojo y Eloise asiente con la cabeza en señal de agradecimiento.

Mientras le devuelvo las llaves a Bernie, intento decirme a mí misma que he hecho lo correcto abriéndome. Ya es el día de la boda. Dar un poco de ti no es malo, a pesar de lo que me han hecho creer.

Cuando vuelvo al jardín, Jake camina hacia mí con aire agitado.

–Acaba de llamar el del *catering* –suelta, presa del pánico–. Dice que no ha llegado la mantelería.

Maldita sea. Es una empresa de mantelería nueva que estaba probando. Cruzo las manos delante de mi estómago y dejo que mis dedos jueguen con calma con el largo collar de cadena que se posa entre mis pechos.

–Jake. ¿Cuánto te estoy pagando?

Balbucea:

–¿Cien dólares?

Jake es como un Teleñeco. Es estudiante de segundo año en la CSU de Sacramento, estudia teatro. Esperaba a una persona especializada en dirección escénica, pero parece que me ha tocado una en arte dramático. Ahora es mi único hermanastro, ya que su padre está casado con mi madre. Digo ahora, porque..., bueno..., es solo cuestión de tiempo.

Busco en el móvil la empresa de mantelería entre mis contactos. Mi llamada es enviada a la recepción de Linens and Love, y digo:

–Soy Ama Torres. Su empresa lleva una hora de retraso en la entrega de la mantelería. ¿Qué puede decirme al respecto?

El tipo que está al otro lado de la línea titubea y dice:

–El camión está de camino. Es que... ha habido un problema con el coche...

Saco las llaves del coche del bolso y digo:

–¿Puedo enviar a alguien a buscar el camión? Está retrasando a mi personal de *catering*.

Me dice dónde está parado el camión y lo pongo en espera, tomo a Jake del brazo y lo arrastro hacia el aparcamiento.

–Jake, ahora te voy a pagar doscientos dólares para que vayas a la gasolinera de Howe, y lo cargues todo en mi coche, y me refiero a todo; ata las cajas a la parte superior si es necesario. Y luego, ve directo al lugar de la celebración y ayuda al *catering* para que todo esté según el horario previsto. ¿Entendido?

Jake empieza a balbucear de nuevo, y yo digo:

–O no se te pagará nada. Porque ahora me estás estorbando.

Traga saliva, asiente y se dirige a mi coche. Una vez que se ha alejado, vuelvo con Mar a la glorieta y conecto de nuevo el auricular.

–Mi ayudante irá a buscar el camión. Por favor, dígame a su conductor de reparto que si se retrasa una hora, llame, y por favor, hágale saber a su gerente que Ama Torres está muy descontenta. No añadiré a Linens and Love a mi lista de proveedores aprobados.

Le cuelgo el teléfono mientras empieza a disculparse. Respiro hondo, echo los hombros hacia atrás y encuentro a Mar en una escalera, prácticamente colgada del techo de la glorieta para colocar una lucecita.

–¿Todo bien por aquí? –le pregunto.

–¿Cuál era el drama? –pregunta–. Te vi dirigiéndote al hotel.

–La novia estaba a punto de huir. La he convencido de que no lo hiciera.

Mar alza una ceja oscura.

–¿Cómo lo has hecho?

Frunzo los labios en una línea.

–Le hablé sobre mi madre. Y sobre que creo que los matrimonios no importan, pero las bodas sí.

Mar se ríe.

–Muy atrevido por tu parte.

Me encojo de hombros.

–Tenía un pie en la puerta. Pensé que era hora de un poco de honestidad.

Baja de la escalera y dice:

–Si alguien puede convencer a alguien de que los primeros

matrimonios no importan, es la hija de Cynthia Jones Rutherford Reed Dyer Lee Torres.

–No puedo creer que aún lo tengas memorizado.

–Smith Smith Nelson Jaswal Matthews Andrews Evans Benjamin... y tres más. –Toma aire como si hubiera corrido una carrera–. Solo lo tenía memorizado hasta que Cindy empezó a casarse con un montón de nombres de pila a modo de apellido.

–Después de tu padre todo fue cuesta abajo –le digo, y ella levanta la cámara para hacerme una foto–. Las chicas estarán listas en diez minutos. Cuando me fui, aún no habían maquillado a la novia y a la madrina.

Mar arruga la nariz y revisa el móvil.

–Se va a hacer tar..

–¡No lo digas! –La apunto con el dedo y me dirijo hacia el coche del oficiante de la boda cuando se detiene en la acera.

Pasamos el resto del montaje sin más contratiempos y, antes de que se pueda decir «Sí, quiero», los invitados empiezan a llegar. Cuando llega el aparcacoches, puedo volver a pasar por el hotel. Al entrar en la *suite*, Mar tiene a Eloise mirando por la ventana con la luz del sol colándose a través de las cortinas de encaje. Eloise me mira por encima del hombro y asiente con la cabeza, risueña.

Parece que arrancamos.

La novia camina hacia el altar al compás de *A Thousand Years*, como siempre, y yo me quedo atrás, junto a un pariente con un bebé llorón, esperando la siguiente señal musical. Cuando Eloise y Patrick vuelven a pasar por delante de sus invitados, ya juntos y recién casados, veo que ella le sonrío con los ojos húmedos.

Puede que funcione.

Los llevo a la derecha, lejos de la salida para invitados, y los retengo mientras el cortejo nupcial se une a nosotros, dejando que Mar y Sarah lo preparen todo para nuestras falsas fotos de boda. La tía de alguien intenta seguir al cortejo nupcial y colarse en sus fotos privadas, y se me escapa la expresión de Eloise

cuando le digo con firmeza que es una zona privada y que no se permite la entrada a nadie que no sea del cortejo nupcial. Me gruñe y se aleja haciendo sonar sus tacones. Presiento que me va a mandar un correo electrónico muy duro.

Me encanta la parte de después de la ceremonia. Las partes difíciles ya han pasado, para mí y para la feliz pareja, y los proveedores están haciendo su trabajo en el siguiente sitio. En este punto, básicamente se trata de acorrallar a niños pequeños, llevar al séquito nupcial del punto A al punto B. Y cuando se contrata a Mar como fotógrafa, no soporta que los padrinos de boda deambulen o que haya miembros de la familia merodeando por ahí. Tiene un don mágico para las bodas, porque es lo suficientemente alegre y comprometida como para que las damas de honor se sientan atraídas por ella, pero lo bastante *sexy* como para que los padrinos escuchen cada palabra que sale de su boca.

Al igual que yo, no olvida la regla n.º 4: nunca te quedes a solas con el padrino de la boda.

Una vez en el salón de recepciones, es pan comido. Cuando entro, Jake parece un drogadicto y habla a mil por hora. Está doblando servilletas en formas que casi parecen correctas, diciéndome que el repartidor se disculpó mucho.

No es suficiente. Linens and Love no va a entrar en mi Rolodex. (Sí, tengo un Rolodex auténtico. Es de los años cincuenta y resulta adorable).

Termino las servilletas con él, rehaciendo las que ha dejado mal, y entonces llegan los invitados.

Lo que más echo de menos de trabajar con una gran empresa de organización de bodas es que solía ser capaz de tranquilizarme en cuanto se cortaba la tarta. Cuando estaba con Whitney Harrison Weddings, siempre podían contratar a tres como Jake para el montaje y desmontaje. Ahora que trabajo por mi cuenta, tengo que estar al amanecer y al anochecer. Un día llegaré ahí. Un día haré tres bodas por sábado y dos por domingo, como Whitney. Pero tal y como están las cosas, solo puedo hacer una

al día, y tengo que reservar paquetes más pequeños los domingos porque no estaré disponible el día antes de la ceremonia.

Lo que de verdad necesito es un artículo de Martha Stewart o TheKnot.com, como el que le hicieron a Whitney cuando tenía veinte años. Saltó a la fama con la boda de la hija del alcalde y ella sola puso a Sacramento en el mapa del sector de las bodas. Cuando trabajé para ella, llevaba veinticinco años de carrera y tenía contactos en San Francisco. Casi nunca aparecía el día de la boda, a menos que se tratara de una boda muy mediática.

En realidad, me gusta mucho el día de la boda. Me gusta el ajetreo de la ceremonia, me gustan los baches y las caídas, me gusta el primer baile. Pero, sí, algún día me encantaría cobrar lo suficiente como para tener dos asistentes más aquí para poder limitarme a apuntar. Eso requeriría sacrificar un poco mi marca, que hasta ahora ha sido *millennial*, moderna y asequible con un toque personal.

—¿Por qué miras al DJ con el ceño fruncido? ¿Le has vuelto a descubrir esnifando coca en el baño?

Mar saca una foto a mi lado.

—¿Crees que todavía trabajo con ese tipo? —le digo—. Hice que lo pusieran en la lista negra. Ahora solo trabaja en bodas con cocaína.

—Excelente. —Cambia de objetivo—. ¿Estás pensando en mañana?

Bueno, no lo había hecho. Pero ahora que ha sacado el tema...

—No estoy nerviosa —me apresuro a decir.

Se ríe.

—Bien. No tienes por qué estar nerviosa. Te querrán o no te querrán. No hay nada más que puedas hacer.

Asiento con la cabeza y respiro hondo.

Hablando de grandes oportunidades, mañana podría ser el día. Hazel Renee, una *influencer* con 4,2 millones de seguidores en Instagram y 8 millones de suscriptores en su canal de YouTube, se ha enamorado de una chica de Sacramento. Vi el anuncio de su compromiso el mes pasado en Instagram y pen-

sé: «¿Qué afortunada *wedding planner* de Los Ángeles se encargará de esa boda?».

Pues bien, parece que la afortunada persona que organice ese boda podría ser yo. Su prometida, Jacqueline Nguyen, quiere casarse en su ciudad natal. Me envió un correo electrónico hace dos semanas para concertar una entrevista. Intento no hacerme ilusiones. Estoy totalmente preparada para hacerles saber lo que ofrezco y lo que no. Incluso si planea mantener la lista por debajo de treinta, hay agencias que tienen mucha más experiencia en el estilo que pueden querer (léase: elegante de narices).

Pero si conecto con Hazel y Jacqueline... Si hago una boda que vean millones...

Eso es lo único que me hace falta. Esa es la oportunidad dorada para acceder a la clase alta (léase: elegante de narices) y a una gran exposición.

Solo tengo que asegurarme de estar preparada para ello.

Al final de la noche, Eloise se tropieza conmigo, descalza y borracha de amor, me da un beso en la mejilla y me dice que he sido la mejor elección de su vida. La despido en su coche y sonrío para mí misma.

Los fríos ojos azules de Whitney Harrison centellean en mi mente, la voz maternal que reservaba solo para mí, diciendo: «Ten cuidado, Ama. Al fin y al cabo, tú eres la *wedding planner*, no su madrina. No des tanto de ti por gente a la que nunca volverás a ver, gente que probablemente ni siquiera se despida de ti al final de la noche».

Bueno, chúpate esa, Whitney.

Suspiro, masajeándome la frente. He intentado establecer límites más claros. La línea de la profesionalidad con los clientes y los proveedores siempre ha sido mi punto débil. Me encanta conocer a la gente y averiguar qué les hace felices. Pero desdibujar los límites siempre me causa problemas.

Siempre.

Ama

Marzo

Decidir qué ponerse para quedar con alguien que tiene su propia línea de maquillaje, tres proyectos inminentes en IMDb y su cara en Times Square es una pesadilla.

Cuando Hazel Renee hizo su primera portada para *Marie Claire*, yo estaba en el instituto. Tenemos más o menos la misma edad, así que a mis amigos y a mí nos tiene conquistados desde hace mucho tiempo. Llevo diez años siguiéndola en Instagram, así que sé exactamente qué esperar cuando entre en la cafetería dentro de una hora.

Por lo general, en una primera entrevista con la pareja, me visto para el cliente. Gracias a un poco de búsqueda en redes sociales, puedo determinar si es más probable que funcione mi traje con falda de Stella McCartney o mi rollo bruja bohemía. Hazel y Jacqueline son jóvenes y estilas. No quieren un Stella. Me pongo una camiseta negra entallada y una americana negra sobre los vaqueros y me calzo unos zapatos negros de tacón. Dedico un buen rato extra a maquillarme, porque es Hazel Renee, y utilizo su línea de maquillaje. Fue Hazel quien me enseñó a maquillarme el contorno en sus vídeos de YouTube cuando era una adolescente, y sigo haciéndolo como ella, porque con mi cara redonda siempre me confunden con una niña.

Con un poco de perfume y un bufido de mi gata, salgo a la cálida mañana del mes de marzo.

Hace unos años me compré una casa de dos habitaciones en la dulce zona de la Ciudad de los Árboles. Lo que quiero decir es que me mudé a una casa de dos habitaciones. Será

mía oficialmente dentro de aproximadamente ochenta y cuatro años. En un lugar como Sacramento, es difícil no dejarse atrapar por el rollo de compartir piso en pleno Midtown. Hay un radio de cinco manzanas en el que te sientes un poco como en Nueva York: un bar debajo de tu apartamento, un pequeño supermercado en la esquina y no hace falta tener coche. Es adictivo. Mar sigue en Midtown, pero viene a verme quince manzanas al este cuando necesita «unas vacaciones». Decidí romper con el estereotipo *millennial* cuando dejé de vivir de alquiler. No te preocupes: sigo gastándome seis mil dólares al año en tostadas de aguacate. Me dejaron conservar mi tarjeta de socia.

Y, de hecho, si hay algo en lo que gasto seis de los grandes al año, es en dónuts.

Abro la puerta de J Street Donuts y el señor Kwon me saluda por encima de la cabeza de la mujer a la que está atendiendo. Cuando llego al mostrador, ya está sirviéndome mi media docena.

–Déjame adivinar –me dice–. Nuevos clientes.

–¿Cómo lo ha sabido?

–Vas vestida para impresionar. –Sella la parte superior de la caja y agarra mi billete de diez dólares–. El de mantequilla de cacahuete está en la parte izquierda, envuelto en papel.

–Gracias, señor Kwon.

Salgo antes de que la mujer que tenía delante haya sacado la tarjeta del datáfono.

El señor Kwon sabe que debe quedarse con el cambio, igual que sabe que, aunque su dónut Peanut Butter Dream es el más vendido, yo soy alérgica. Solía darme unos cuantos para los clientes en una caja aparte, pero al cabo de unos años acabé convencién-dole de que con separarlos era suficiente.

Los dónuts son mi forma de expresar amor. Llevo una caja a todas las comidas, fiestas, cócteles..., lo que sea. No hay nada en el mundo que no pueda resolverse con el primer bocado de un dónut perfecto. Por supuesto, excluyo los problemas mun-

diales graves, pero incluso así, creo que, si todos pudiéramos sentarnos y comernos un donut, las cosas podrían ir mejor.

Los donuts también son una táctica que me sirve para conocer a los clientes. Puedo averiguar qué novias se han puesto a dieta para los vestidos de novia, qué novios prefieren que sus prometidas no coman dulces, y qué parejas ya están comiendo por estrés. Y mientras conozco a los clientes, puedo comerme un donut. O seis, si están, en efecto, a dieta. Mi madre se sometió a dietas demenciales e intensas durante aproximadamente un tercio de sus bodas, y eso me decía mucho sobre en qué punto estaba emocionalmente con esa persona, con sus amigos, con ese momento de su vida, etcétera.

Aparco en la puerta de Weatherstone, una cafetería de moda en un edificio de ladrillo que en su día fue un establo de caballos. No sé qué día, pero fue hace mucho tiempo. Los baristas de aquí también me conocen porque vendo su café para los convites. Incluso hice una boda con treinta invitados en la cafetería hace dos años, por eso el barista de la perilla no dice nada de los donuts que traigo.

Ocupo la esquina libre de la rústica mesa de comedor situada en el centro de la cafetería y me acomodo frente a la puerta. Pido un café solo –te lo traen en una pequeña jarra individual, para que te sientas más pijo– en lugar de lo que pido siempre: *espresso* corto acompañado de algo frío para después. Las piernas ya me tiemblan bastante.

Nunca he estado tan nerviosa en la primera reunión. Excepto tal vez en la primera que tuve. Eso fue hace más de tres años. Whitney me los había enviado cuando se negaron a aceptar sus precios y, aunque suene como a un polvo por lástima, fue en un momento de mi carrera en el que necesitaba tantos polvos por lástima como pudiera conseguir. Decidir dejar Whitney Harrison Weddings podría haber sido el error más colosal de mi vida, pero, por suerte, Whitney me apoyaba.

Son las nueve y dos minutos, la puerta se abre y tardo un segundo en darme cuenta de que estoy viendo a la persona que

antes solo existía en mi móvil. Esperaba una chica de pasarela, pero me encuentro con la chica de la puerta de al lado. Hazel viste vaqueros y un cárdigan, lleva su pelo rubio oscuro recogido; lo único que la hace destacar como celebridad son las gafas de aviador que lleva puestas incluso cuando se pasea por el interior. Sus dedos se entrelazan con los de una chica asiática de mejillas redondas y brillantes ojos marrones: Jacqueline. Es la primera en verme y me señala con la mano.

–Hola, ¿Ama?

Jacqueline deja caer su bolso sobre la mesa a mi lado y me ofrece un apretón de manos.

–Tú debes de ser Jacqueline.

–Jackie está bien –me dice–. Ella es Hazel.

Estrecho la mano de Hazel.

–Encantada de conocerte.

Me da un apretón fuerte y tiene una cara preciosa, y todo esto me está mareando un poco.

–Dios, tu piel es perfecta –dice, y entonces estoy prácticamente en el suelo.

Me acerco las yemas de los dedos a las mejillas y digo:

–Ah, gracias. De hecho, es tu línea.

–¡Increíble! Me encanta. –Me dedica una sonrisa brillante y se vuelve hacia Jackie–. ¿Hazelnut latte?

Jackie asiente y se sienta frente a mí mientras Hazel se dirige al mostrador. Jackie está a punto de decir algo cuando sus ojos se fijan en la caja rosa que hay entre nosotras.

–Si eso son donuts, voy a perder la puta cabeza.

Le sonrío y abro la caja. Chilla como si fuese yo la que se hubiera arrodillado con un diamante y busca su favorito entre la media docena.

–Si te gusta la mantequilla de cacahuete, es su especialidad. Es este. –Señalo el que está envuelto en papel encerado.

No duda en darle un buen bocado, y creo que ya estoy obsesionada con ella.

–Oh-Dios-mío –murmura alrededor del dulce.

Hazel vuelve a la mesa justo a tiempo para que le pongan el donut en la cara con un «cariño-tienes-que-probar-esto».

–¡Mmm! –Abre los ojos de par en par–. Me encanta.

Bien. Bien. Oficialmente me caen bien.

Siempre me gusta evitar que la conversación vaya directamente a los negocios. Creo que ayuda a que todo el mundo empiece a hablar de algo tan incómodo como una boda. Whitney no estaba de acuerdo. A ella le gustaba ponerse manos a la obra. Pero cuando eres Whitney Harrison, la gente deja de hablar cuando tú empiezas.

–Jackie, ¿creciste aquí, en Sacramento?

Jackie asiente mientras bebe un sorbo de su café con leche.

–Fui a Rio Americano. Promoción de 2015.

–¡Ah, el mismo año que yo!

–¿En serio? ¿Dónde fuiste?

–A St. Joseph –digo, un poco avergonzada.

A Jackie le brillan los ojos y dice:

–Ah, sí.

Mi madre creció con mucho dinero. Gastó ese dinero en dos cosas: mi educación privada y sus bodas. Cuando le digo a la gente que fui al St. Joseph, uno de los cuatro colegios católicos y privados de Sacramento, me miran con otros ojos. Lo odio. Yo no tengo el dinero de mi madre, porque sigue gastándose en arreglos de mesa y cuartetos de cuerda, pero también porque no quiero pedírselo si no lo necesito. Desde que trabajé con Whitney casi al terminar el instituto, no lo he necesitado. Y el hecho de que no fuera a la universidad es, en realidad, una lacra para la reputación, por lo demás intachable, del St. Joseph. Una de las únicas cosas buenas de haber ido a ese instituto es que todos mis amigos y conocidos se están casando. Algunos de ellos pueden permitirse ir a Whitney, pero muchos de ellos han recurrido a mí en los últimos tres años.

–¿Y a qué te dedicas? –le pregunto a Jackie.

–Soy directora legislativa en el capitolio.

–¡Genial! Quiero decir, suena guay. No tengo ni idea de lo que

quiere decir. –Jackie se ríe. Le dirijo una sonrisa y me vuelvo hacia Hazel–. Y obviamente sé a qué te dedicas tú. Pero ¿qué te trae a Sacramento?

–Jackie –contesta sin más. Las dos se miran, con los pómulos encendidos–. Siempre ha querido casarse aquí.

–Es una gran ciudad. –Le doy la razón–. Y aquí también hay lugares de ensueño. –Volviendo al tema...

–En realidad ya tenemos el sitio. –Jackie sonrío, volviéndose hacia mí.

–¡Excelente! ¿Ya habéis fijado una fecha?

–Todavía no –dice Hazel–. Jackie quería asegurarse de que tenías libre la fecha.

Se me congelan los dedos dentro de la bolsa mientras busco mi carpeta de catálogos.

–Oh, eso es... –Deslizo la carpeta sobre la mesa–. Me siento muy muy halagada de que hayáis querido reuniros conmigo. «Halagada» no es la palabra correcta, estoy superemocionada. Me habéis alegrado el día. –Miro sus caras expectantes–. Solo quiero asegurarme de que estáis pensando en lo mejor para vuestra boda. Aún no conozco todos los detalles (cuán grande, cuán lujosa), pero hay muchas empresas que tienen experiencia en la organización de bodas de todos los tamaños. Whitney Harrison Weddings es una empresa increíble, y yo solía trabajar allí...

–He oído cosas no muy buenas sobre Whitney Harrison, la verdad –dice Jackie, haciendo una mueca.

–Ah, vale. –Intento sonreír amable, pero me estoy devanando los sesos pensando en quién podría haber criticado a Whitney y vivir para contarlo.

–Y, por el contrario –dice Hazel–, tú estás muy bien recomendada.

Abro la boca para aceptar el cumplido, pero nunca se me ha dado bien, así que solo me sale un:

–Sí, ¡genial! –Me aclaro la garganta–. Vamos a hablar de lo que puedo ofrecer, y nos aseguraremos de que es exactamente lo que queréis para vuestro día.

Las dos asienten, como si fueran muñecas cabezonas. Le doy la vuelta al catálogo y abro la primera página. Me tiemblan un poco las manos. Apenas tenía una pizca de esperanza de que esto fuera a salir bien. Ni siquiera sabía si podría lograrlo si les gustaba, pero sabía que quería intentarlo. Esta carpeta es básicamente mi presentación, así que me sumerjo en ella.

–En este sector tan competitivo de las bodas, mi especialidad sois vosotras. Vuestra visión. Vuestra boda. Mi empresa ofrece seis paquetes que se adaptan a vuestro presupuesto –estoy a punto de decir que el dinero probablemente no sea un problema, pero me alejo de esa estúpida idea– y a vuestro estilo. –Paso la página a mi *pièce de résistance*, mi *lookbook*: diez páginas seguidas de las bodas de las que más orgullosa estoy–. Lo que yo ofrezco, y otras agencias más pequeñas no pueden ofrecer, es un diseño experimentado, adaptado a la personalidad y los sueños exactos de cada cliente. Otras agencias de élite contratan a un diseñador con un coste adicional o cobran más por el diseño. Yo no lo hago. Soy un todo en uno.

–Pero deberías. Cobrar más, digo.

Tengo los labios entreabiertos, lista para hablar de tarifas, pero el murmullo de Hazel me detiene. Levanta la vista de mis páginas de diseño.

–Siento interrumpir. Es que... Deberías plantearte cobrar por ello. Esto es... –Señala mi boda favorita, el Willow Ballroom, una explosión de primavera dentro de un almacén reformado–. Esto es excepcional. Mejor que todo mi tablero de Pinterest junto. Está claro que tienes el talento para cobrarlo.

El calor me sube a las mejillas y balbuceo un gracias.

–Tienes razón. Podría añadir una tarifa. Pero es algo que me encanta hacer. Y me diferencia de la competencia.

Hazel murmura. Da un sorbo a su *flat white*.

–Solía maquillarme yo misma para los anuncios de la prensa. Por aquel entonces, mi canal de YouTube era solo de tutoriales de maquillaje, así que llegaba al plató maquillada y el fotógrafo lo permitía. No me di cuenta hasta más tarde de

que el maquillador que contrataban seguía cobrando. Y, en determinadas circunstancias, también se llevaba el mérito. –Se rasca un punto detrás de la oreja–. Obviamente sabes lo que haces. No intento decirte cómo llevar tu negocio. Pero de una persona que se gana la vida en el mundo de lo visual a otra... La belleza siempre tiene un precio. Puedes pedir lo que vales.

Se me contrae el pecho y se me eriza la piel. Estoy casi avergonzada, pero también azorada por el cumplido.

–Lo siento. –Hazel se ríe–. Significa que me importa, lo prometo.

–Le importa –dice Jackie, poniendo los ojos en blanco–. Se pone en plan emprendedora contigo.

–No, me encanta –le digo–. Estoy estupefacta, eso es todo. Es algo en lo que merece la pena pensar. –Intento centrarme en mi discurso, que acaba de irse al traste cuando Hazel Renee me ha dicho que valgo más de lo que pido.

Parece verme vacilar un segundo y me dice:

–Háblanos de tus paquetes, ¿quieres?

–¡Claro! –Paso la página–. No hablo de número de invitados. Sí, eso entra en juego más adelante para un montón de precios distintos, pero cuando hablo de servicios, pienso en lo que vosotras necesitáis de mí. Qué tipo de implicación buscáis.

–Total –interrumpe Jackie–. Sáltate los pasos para bebés. Quiero el diseño, quiero la selección de proveedores, quiero que me llesves al altar.

Me río.

Hazel dice:

–Este año voy a estar muy ocupada. Aún no se ha anunciado, pero he sido elegida para el próximo proyecto de Greta Gerwig. Se rodará el mes que viene.

Se me abren los ojos de par en par.

–¡Increíble! Es de aquí.

Jackie asiente.

–Estoy muy feliz por Hay –le da un apretón en el brazo a

Hazel—, pero sé que eso significa que voy a hacer mucho de esto yo sola...

—Sola no —replica Hazel, y me encanta la preocupación que arruga su ceño—. Sabes que estoy disponible para esto.

—Claro, lo sé. Pero las dos decidimos que no queríamos retrasarlo un año. Y eso significa que tengo que tomar las primeras decisiones. —Jackie se dirige a mí—: Por eso te necesito. ¿Respondes a los mensajes de ansiedad las veinticuatro horas del día?

Bromea. Y yo me río. Pero es algo que solía hacer. Y es un hábito con el que tenía que acabar.

Mientras nos tomamos nuestros cafés, pienso que esto va a ser difícil. Me gustan. Mucho. Me palpita el corazón como si estuviéramos en una primera cita excelente, y puedo ver cómo todo esto se desarrollará con claridad en mi mente.

—Creo que podemos trabajar con eso —digo—. ¿Por qué no me contáis qué detalles tenéis resueltos? ¿Cuáles son vuestras prioridades? —Saco el iPad del bolso y abro mis notas. Garabateo Hazel & Jackie y aparece escrito en el centro de la pantalla.

—El jardín de rosas del parque McKinley. Ha sido mi sueño desde que era pequeña.

Jackie se sonroja y Hazel le rodea la cintura con el brazo.

—Es precioso —digo, escribiéndolo y uniendo las palabras a Hazel y Jackie con una pequeña burbuja—. He hecho varias bodas allí, así que conozco bien el sitio. De hecho, vivo muy cerca. Sin embargo, se llena.

—Cierto —dice Hazel—, ya he llamado y nos están guardando un par de fechas. Íbamos a esperar a saber tu agenda.

Parpadeo. Parece que soy una prioridad para ellas, lo cual me deja perpleja. Me arden las mejillas cuando abro la aplicación del calendario y pregunto:

—¿Cuáles son las opciones?

—El 7 de octubre es nuestra primera opción, pero también tenemos el 6 de abril.

—¿Octubre de este año? —exclamo con los ojos clavados en el calendario.

Faltan siete meses. Abril del año que viene es la mejor fecha, claramente. Pero antes de que pueda convencerlas de ello, Hazel apoya los codos en la mesa con una sonrisa soñadora y dice:

–Siempre he querido una boda en otoño.

Y quizá sea porque es Hazel Renee, o porque ya estoy visualizando el artículo, o porque a Jackie le entusiasman los donuts tanto como a mí (que es lo único que me hace falta saber de una persona), pero no les digo de inmediato que no va a salir bien.

Puedo organizar una boda en siete meses. He hecho muchas bodas en menos de un año y aun así han sido increíbles. Y el 7 de octubre está disponible en mi calendario.

He estado demasiado tiempo callada, con la vista clavada en mi agenda y hojeando las grandes bodas que ya tengo programadas para este año. Aparte de dos bodas en septiembre, tendrían toda mi atención después de la agitada temporada.

Al levantar la vista hacia ellas, me encuentro a Jackie mordiéndose el labio y a Hazel intentando leer mi calendario al revés con una expresión tensa.

–Bueno..., puedo hacerlo, pero iríamos muy apretadas.

Jackie chilla y Hazel la besa.

–¡Nos gusta que esté apretado! –Jackie jadea–. ¡Y esto no es algo sexual! ¡Es solo algo que he dicho sin pensar!

Hazel se echa a reír y Jackie intenta disculparse mientras recupera el aliento.

Me río con ellas, veo a Jackie sonrojarse y a Hazel reírse en el hombro de Jackie. Son hipnóticas. Seductoras. Puedo ver los próximos siete meses. Puedo ver la boda. Me veo etiquetada en cada foto. Veo la boda de Hazel apareciendo en la portada de *People*. Tal vez en *Entertainment Weekly*. Veo periodistas llamándome para hablar de mí. Veo a *The Sacramento Bee* cubriendo la sección de bodas. Y justo antes de que sus risas disminuyan y su atención vuelva a mí, veo a Whitney llamando para felicitarme. Me siento como arrastrada por una corriente, una ola que sube cada vez más alto.

–Apuntaré el 7 de octubre –les digo–. Puedo llamar hoy a la Rosaleda y asegurarlo todo. Hay que aclarar algunas cosas sobre el jardín de rosas. No tienen un área de recepción que yo recomendaría. ¿Sabéis lo que queréis para el banquete?

–Todavía no –responden las dos a la vez.

–Hablares de ello más tarde, pero no me imagino este convite en el parque. –Mi forma de hablar ha cambiado. Estoy tomando las riendas de esta boda, hablando rápido y dejándome guiar por la adrenalina–. Si os gusta el estilo general de esta boda en el Willow Ballroom –digo, señalando la página aún abierta de mi *lookbook*–, entonces empezaré a pensar en algo así.

Asienten al unísono.

–En segundo lugar, al tratarse de un jardín de rosas histórico, solo permiten trabajar en él a un puñado de floristas.

–¡Sí! El nuestro está autorizado. Trabaja allí todo el tiempo –dice Jackie.

Las siguientes palabras se me atascan en la garganta y por un momento pierdo la capacidad de hablar. La corriente en la que navegaba hace unos segundos se rompe. Una ola me arrastra.

De las cinco floristerías de Sacramento que están autorizadas a trabajar en la Rosaleda, solo una está regentada por un hombre.

Se me contrae el pecho y siento que no puedo respirar. Me obligo a sonreír y digo:

–¿Ya tenéis floristería?

–¡Sí! Lo siento. La floristería y el lugar de celebración son lo único que de verdad es importante...

–¿Habéis firmado algo o podemos comparar un poco? –Mis palabras son cortantes y tienen un tono agudo.

Jackie parpadea. El café de Hazel se detiene en el camino hacia sus labios.

Me recupero.

–Para encontrar al mejor, quiero decir.

–Creo que ya tenemos al mejor. –Jackie se ríe–. Es Blooming. Elliot...

–¡Genial! –Sonrío tanto que siento que se me van a caer los dientes–. ¿Y está asegurado? ¿Habéis hablado de la fecha de octubre con él? –De inmediato, se me dispara el pulso. No pueden haberse reunido con él todavía. Y si lo han hecho, debería haberlas dirigido a una *wedding planner* distinta o negarse, al igual que he estado haciendo durante dos años.

–No, todavía no. Pero es un amigo de la familia –dice Jackie–. Trabajo con su madre en el capitolio.

La sensación literal de una burbuja que estalla me golpea el cerebro.

–Ah, qué bien. –Y antes de que Jackie lo diga, ya sé...

–Laura es la razón por la que vienes tan bien recomendada. Te encargaste de su segunda boda hace dos años.

Las burbujas del champán flotan en mi mente. Un baile lento y una mano cálida en la parte baja de mi espalda. Y tan rápido como llega, desaparece. Y el interior de mi pecho vuelve a estar frío y húmedo.

–Por supuesto. –Mi voz es más ronca de lo habitual–. La senadora Gilbert es una mujer maravillosa. Y fue una cliente modelo, si se me permite decirlo. –La piel se me eriza a medida que el miedo me invade–. ¿Estuviste en la boda de la senadora? –Mis dedos aferran la taza de café.

–No pude asistir –dice Jackie–. En realidad, estaba fuera de la ciudad, en Chicago, ¡donde conocí a Hazel!

–Dios mío, sí. Por favor, contadme todo sobre vosotras –digo, feliz de saber que no estaba allí y agradecida por el cambio de tema–. Hablaremos de proveedores más tarde.

Me pitan los oídos y he perdido la sensibilidad en los pies. Apago el iPad e intento escuchar. Hazel y Jackie hablan por los codos, se ríen sobre quién de las dos sintió algo primero, y yo debería estar tomando notas. Debería estar guardando en mi mente cada fragmento de sus personalidades como si fueran canicas en una bolsa. Debería estar escribiendo el 7 de octubre de 2023 en mi iPad y adjuntándolo a la burbuja de sus nombres.

Pero en lugar de hacer eso, escucho como si fuera un viejo conocido, y dejo que las imágenes de graneros rústicos y manteles de color marfil se escapen de mi cabeza como arena a través de un colador. *Entertainment Weekly* y *People* se alejan con el viento.

Porque no voy a organizar esta boda.